

MIS RECUERDOS DE TÚA

O DESENSEÑAR A DESAPRENDER CÓMO SE DESHACEN LAS COSAS

Esther MORENO

Conocí a Túa en tercero de carrera, fui alumna suya de la asignatura de Crítica Literaria en el curso 1986-87, el de la Huelga de Estudiantes. Túa nos introdujo en la poesía contemporánea, desde Ezra Pound a los novísimos pasando por Gil de Biedma, y este descubrimiento fue como una palanca que se mete en la carrera abriendo grietas por las que entra el aire fresco y, efectivamente, la luz. Y el comienzo de un aprendizaje inagotable acerca del significado de las rupturas con el sistema literario, de las rupturas estéticas, de sus efectos culturales, políticos y personales.

En un curso con una huelga de dos o tres meses muchas asignaturas y profesorado desaparecieron temporalmente. En eso Túa también fue diferente, no desapareció sino que nos trajo a una de las noches de encierro en la Facultad de Filosofía y Letras nada menos que una velada poética con Leopoldo María Panero y otros poetas; creo que estaban también Ángel Guinda y Luis Felipe Alegre.

En aquella asignatura de Crítica Literaria había que hacer un trabajo de clase, y Túa nos daba varias opciones. Yo elegí hacerlo sobre *Las Diosas Blancas*, una antología de jóvenes poetas mujeres editada pocos años antes en Hiperión. Hoy hay muchas antologías de este tipo, y son mucho más accesibles las obras de poetas mujeres, pero en el 87 esto era novedoso y tuve la suerte de poder iniciarme en ello. Como ni por asomo había la cantidad de bibliografía existente en la actualidad, fui a preguntarle a Túa por alguna lectura que me ayudara a trabajar sobre los poemas. Lo encontré en la entrada del pabellón de Filología hablando con otros profes pero igualmente me atendió. Respondió a mi demanda cortando un trocito del papel que llevaba, escribiendo en él con una letra minúscula “La diseminación” y entregándomelo. Y así fue como conocí a Derrida, sin anestesia, a los veinte años, lo cual me abrió otro mundo insondable que también le agradezco profundamente.

En el examen final de curso nos repartió un poema fotocopiado para analizar. Cada cual recibimos el poema en una cuarta parte de un folio, una octavilla, lo que acentúa mi recuerdo de algo así como microescritura, junto con el episodio anterior. El poema en cuestión era “El circo”, de Panero. Es brutal y nunca lo he olvidado, y siempre lo veo así, en aquel formato pequeñito: “Dos

atletas saltan de un lado a otro de mi alma / lanzando gritos y bromeando acerca de la vida / y no sé sus nombres. Y en mi alma vacía escucho siempre / cómo se balancean sus trapecios. Dos / atletas saltan de un lado al otro de mi alma / contentos de que esté tan vacía./ [...]”.

Más tarde hubo otras asignaturas, optativas, doctorado, jornadas... Las clases de Túa eran siempre interesantísimas, amenas, divertidas, un reto, la pelea de los poetas con el lenguaje, la sospecha, la radicalización y el riesgo de tener o no tener sentido. Y había siempre un ambiente afectuoso que hoy identifico básicamente con amor, amor por el lenguaje poético, por el alumnado, por lo que estábamos haciendo, amor.

Después generosidad a raudales por parte de Túa: para dirigirme la tesis que dejé aparcada, para ayudarme a recibir una beca de la AECl, para presentarme en una jornada en la Casa de la Mujer el mismo día que había enterrado a su padre, para colaborar en el proyecto de la Zaragoza Rebelde tanto con un texto como con un glorioso concierto de “Doctor Túa y Los Graduados” en el Centro Cívico Delicias. (*Contra todo!*)... Las últimas dos veces que lo he escuchado y leído —en la presentación de la exposición *Pase(e)n* de Helena Santolaya y en su catálogo, y en la presentación reciente de su último libro *Leopoldo María Panero, poeta póstumo*, y en dicho libro— han sido, nuevamente, magistrales y sorprendentes. Espero muchas más. ¡Gracias, Túa!